-¡Papáaaa! Vamos que llegamos tarde.- Me gritaba mi hija desde la planta baja de la casa.

Yo mientras, me miraba al espejo ya no me conocía ni a mí mismo no podía dejar de pensar que mi enfermedad avanzaba a pasos agigantados, al principio eran despistes tontos, me dejaba la cartera cuando salía de casa, olvidaba donde había puesto las llaves, pero cuando empecé a preocuparme por mis olvidos fue cuando en mi último día de trabajo olvidé el nombre de uno de mis compañeros, ese día cumplía sesenta y cinco años y además celebraba con toda mi familia mi jubilación, entonces se lo comenté a Ana, mi hija.

Me llevó al médico y me dijeron lo que tanto temíamos, tenía alzheimer. Hoy hace cinco meses que me detectaron la enfermedad.

Me llevaban a un centro geriátrico donde podrían controlar más mi enfermedad y que avanzase menos, pero....

-¡Papáaaa!- Volvió a gritar Ana.

Bajé las escaleras acariciando la barandilla, dejando allí mis últimas huellas; estaba convencido de que no volvería a tocarla, de que no volvería, tal vez, ni siquiera a recordarla. Deambulé por el pasillo examinando cada cuadro, cada esquina, consciente de que en el momento que cruzase el umbral de la puerta dejaría, de alguna manera, de ser mi casa, mi hogar.

Me tocaba enfrentarme a mis miedos: no sólo me asustaba llegar a no recordar mi vida, no recordar a mi hija ni a mis nietos, ahora también me habían asaltado los temores acerca de dejar mi casa, de vivir con otras personas desconocidas.

Me armé de valor y salí de casa; Ana se ocupó de coger la maleta con mi ropa y algunas de mis cosas y salió detrás de mí. Me giré para echar un último vistazo a la casa desde fuera pero la puerta ya se estaba cerrando, me quedé mirando cómo ella giraba las llaves cerrando mi casa. Lo que sentí no es fácil describirlo. Al fin, vulnerable, me metí en el coche y tras guardar todo en el maletero Ana arrancó y salimos camino del lugar donde tendría que vivir a partir de ahora. No sabía si fijarme en cada detalle para retenerlo en mi memoria o si cerrar los ojos, vencido ya por el temor del olvido, sabiendo que el recuerdo no tardaría mucho en esfumarse.

Llegamos. El edificio era bonito y tras la primera puerta se extendía un gran jardín verde, con árboles y flores. Oía bien.

-¡Mira, papá! Cuando vengamos a verte y haga buen tiempo podremos sentarnos aquí en el jardín, como cuando de pequeña me llevabais al parque mamá y tú.

Noté cómo sus ojos se iban humedeciendo y eso me entristeció aún más. Busqué alguna palabra que pudiera reconfortarla pero un nudo en mi garganta me obligó a callar. Intenté calmar mi pena y correspondí con una ternura infinita el abrazo de Ana.

Salieron a recibirnos. Una mujer amable y cariñosa me dio la bienvenida pidiéndome que entrara dentro y asegurándome que era uno más de aquella familia. No es que no fuera convincente, de hecho sentí que sus palabras

eran sinceras pero ni aquella era mi casa ni aquellas personas mi familia, aun así traté de convertir mi llegada en algo agradable y quise aferrarme a sus palabras.

“Si, al menos, estuviera aquí Cayetana... Ella sabría realmente cómo hacer que me sintiera como en casa. Seguro que al principio me habría reñido dulcemente al observar mis pequeños despistes y luego lo habría entendido todo, habría sabido ayudarme. Tengo miedo de olvidarla, de olvidarme lo que vivimos...”

Nos condujeron a la habitación en la que dormiría y me presentaron a Manuel, un hombre alto, bien vestido, con el pelo y la barba blancos, se me antojó afable, lo que pude confirmar cuando me dio la mano y me ofreció una sonrisa algo cansada pero tierna.

-Seré su compañero de habitación como ya le han comentado y no dude en contar conmigo para lo que necesite. – sentenció Manuel.

Presentí que llegaría a ser mucho más que un compañero de habitación, que incluso llegaría un momento en que podría llamarlo “amigo”.

“Tú y tus primeras impresiones... Espérate, conócelo más antes de aventurarte a pensar que será tu amigo.” Me diría Cayetana con su tono cariñoso. Pero Manuel tiene ese algo, ese duende que irradian algunos seres humanos y hasta ella se habría aventurado a invitarme a su amistad.”

Aquella mujer amable que nos había dado la bienvenida me explicó algunos horarios y costumbres. Me sentí extraño, en casa todo era diferente. Mientras, Ana tenía mi mano cogida y la acariciaba suavemente.

-Papá, he de marcharme a trabajar, vendré esta tarde a verte.

Esta vez no fue capaz de paralizar las lágrimas que amenazaban con caer, me abrazó de nuevo tratando de aguantar y salió de allí.

Manuel se ofreció para pasar la mañana conmigo y a los que debían cuidarnos les pareció bien que fuera él quien me enseñase aquel lugar más detenidamente.

Paseamos por todas partes, era un lugar grande pero no lo suficiente como para perder el nombre de casa. Tenía dos salones, uno de ellos me gustó bastante, era amplio y tenía sillones de mimbre, estaba decorado con colores cálidos que abrigaban y hacían sentir bien.

Le pregunté a Manuel si podíamos sentarnos allí un rato. No es que tuviera las piernas cansadas ni mucho menos pero la intensidad de tantas emociones me había agotado. Necesitaba unos minutos de calma y, a falta de mi casa, aquel salón me pareció el lugar perfecto.

-Bueno, ¿qué te ha parecido el tour?- me preguntó Manuel con aire simpático.

-Bien, la verdad que hay salas que son acogedoras y eso me ha gustado.- contesté animado- Sin embargo, creo que me costará un poco adaptarme.-añadí con el ánimo más oscurecido.

Debí ponerme más serio de la cuenta porque advertí cómo cambiaba el semblante de Manuel, segundos antes simpático e incluso divertido, ahora emanaba seriedad y cierto aire melancólico.

-Perdone, no quería estropear su ánimo con el mío.-me sentía mal por haber provocado aquel cambio en él, que tanta emoción había puesto enseñándome el lugar y explicándome sus costumbres.

-No se preocupe, es que he recordado mi primer día, cuando llegué. Y no, no es fácil. Nos toca adaptarnos a un nuevo lugar y a nuevas personas pero verá que con ayuda de todos nosotros... Por cierto, me he olvidado de presentarle a los demás, a la hora de la comida los conocerá a casi todos. Como le decía, verá que con ayuda de todos nosotros se le hará más fácil.

Ese mismo día conocí a otros compañeros y todos fueron amables conmigo. Pasé parte de la tarde en su compañía y me sentí a gusto, me trataban como a uno más. La duda sobre por qué estarían ahí cada uno de ellos me fue invadiendo pero me abstuve de preguntarles, no quería incomodarlos ni parecer indiscreto. Tan solo ansiaba conocer si alguna de esas personas que tan bien me habían acogido tenía mi mismo y terrible problema: olvidar. Me dije a mí mismo que, al menos por el momento, sería mejor seguir con aquella duda.

Además después llegaría la pregunta rebote: ¿por qué estaba yo allí? No quería hablar de ello, no era fácil reconocermelo tan vulnerable ante personas desconocidas por mucho que me hubiesen hecho sentir como uno más. Y, por otro lado, a ratos llegaba a pensar que si no se hablaba de mi problema, este dejaba de existir.

A las siete y media llegó Ana con su marido, Alberto, a quien yo apreciaba mucho. Me alegré de verlos, además Ana parecía menos apenada y eso supuso un alivio para mí. Trajeron bombones, para endulzar un momento un poco amargo, y los comimos juntos mientras les contaba cómo había ido mi día, les hablé de Manuel y del salón acogedor, también de algunos compañeros más y de lo sorprendido que había quedado al ver a la mujer nos dio la bienvenida dar de comer durante más de una hora con humilde cariño y paciencia a una mujer que no podía comer sola.

Aquello me reconfortó sobremanera en cuanto lo vi pensé que cuando yo ya no recordara ni cómo tragar los alimentos ella velaría por mí tratando de ayudarme sin exasperarse.

Les pedí que me contaran cómo les había ido en el trabajo, deseaba que, dentro de lo posible me trataban como siempre y me contasen sus cosas como hasta ahora. Llegó la hora de que se fueran, fue difícil para todos. Yo me quedé triste, sería la primera noche que pasaba allí y eso me asustaba.

Estaba agotado así que a pesar de mis continuos pensamientos y de sentirme tan extraño en esa cama nueva me quedé dormido enseguida. Pasé gran parte de la noche soñando que estaba en la calle, perdido, sin recordar nada sobre mí mismo, ni siquiera mi nombre.

Al día siguiente estaba cansado pero me encontraba aún poco más animado aunque el sueño podría haberme sumido en mis miedos me centré en que al despertar aún estaba bien, aún recordaba.

Poco a poco fueron pasando los días, me fui habituando a las rutinas me gustaba pasar ratos con mis compañeros. Recibía visitas de mi hija, su marido y mis nietos, me alegraba siempre tanto de verlos correr por mi casa, no podía tenerlos allí conmigo, no recordarían la casa de sus abuelos como lugar de juegos, ni de vacaciones.

“Cuando éramos jóvenes, aún antes de casarnos y de tener a Ana, Cayetana ya soñaba con ser abuela de esas que cuidan a los nietos durante las vacaciones... Ella no pudo hacerlo y ahora yo tampoco podré cumplir ese sueño que cultivaba desde joven...”

Divagando por mis pensamientos me encontró Manuel una lluviosa tarde, sentado en uno de aquellos sillones de mimbre que tanto me gustaban.

-Querido amigo ¿Qué te pasa? –Olvidaba contar que Manuel ya se había ganado con creces el nombre de amigo, así que me sinceré con él. Se sentó allí conmigo y comencé a hablar.

-Verás, Manuel, nunca hablo de esto pero quizá es el momento de contarte lo que me pasa si tú lo quieres saber-.

Él asintió con la cabeza y se apoyó cómodamente en el respaldo del sillón, invitándome a comenzar mi historia.

-Imagino que te habrás dado cuenta de que a veces olvido cosas, que no son graves pero sí son importantes. Todo empezó con olvidos bastante corrientes, las llaves o la cartera, al principio frecuente. Además empecé a tener algunos problemas en el trabajo, aunque conseguí salvarlos sin mayores consecuencias. Una vez tenía una cita importante para la empresa y la olvidé; más tarde empecé a notar que me costaba organizarme, que ya no era como antes. Pero lo achacaba a la edad, cuando te vas haciendo mayor todo va constando más. Sin embargo asusté cuándo el último día de trabajo antes de mi jubilación no conseguía recordar el nombre de un compañero con el que llevaba más de quince años trabajando. Empecé a preocuparme estaba realmente asustado. Se lo comenté a mi hija Ana aunque no quería preocuparla, el miedo pudo conmigo. Fuimos al médico y me diagnosticó alzheimer. Aquello me aterrorizó. Sentía mucho miedo e ignoraba mucho sobre esa enfermedad-.

Quise seguir hablando pero sentí un nudo en la garganta y las lágrimas comenzaban a brotarme desde lo más profundo. Manuel me puso una mano en el hombro, como muestra de su apoyo y comprensión

Me serené y proseguí.

Con el tiempo voy olvidando más y más cosas, me noto más torpe físicamente y deteriorado. He de confesar que, a veces, olvido los nombres de algunos compañeros y enfermeros. Además, notarás que ya no juego a las cartas ni al dominó, ya no me acuerdo, no sé.

Manuel me habló, me hizo saber que podía compartir con él mis miedos, me tranquilizó.

Aún así él no podía curarme. Incluso con su apoyo el tiempo seguía pasando y mi enfermedad continuaba avanzando.

Yo seguía más o menos tranquilo con mi vida, mis compañeros, mis visitas. Hasta que un día me di cuenta de que algo raro había pasado cuando la vida continuaba y todo se me antojaba cada vez más pero, no entendía bien lo que sucedía. A veces me ponía de mal humor, incluso llegaba a ser violento porque el mundo ya no era mundo, yo había dejado de entender. Manuel me hacía mucha compañía pero ya casi no hablábamos, no tenía palabras. Y mi familia

seguía viniendo frecuentemente pero cada vez los veía más tristes y a ratos sentía que no era capaz de conectarme en ese mundo. Todo se me escapaba. No recordaba sus nombres pero despertaban en mí el sentimiento de familiaridad. Me trataban con ternura cariño y yo lo agradecía, incluso cuando me sentía confuso y triste.

Sin embargo todo iba a peor. Un día cuando, sentado yo en un sillón de mimbre, apareció una mujer que me resultaba familiar y se acercó a mí, comenzó a decirme algo y yo solo acerté a contestar, confuso y triste:

-¿Y tú quién eres?